



NUESTRA PASCUA Y SALVACIÓN ES CRISTO

Escrito dominical, 6 de marzo

Cuando nos vamos acercando a los “misterios de Cristo que nos dieron nueva vida”, progresando en la vivencia de la Cuaresma, conviene conocer bien qué se nos está ofreciendo desde la Iglesia a los que son discípulos de Jesús, a los que se alejaron de la Iglesia por diferentes razones y a quienes no conocen a Cristo. Nuestro mundo que sabe “gozar de la vida”, que subordina al bienestar económico cualquier aspiración del espíritu, que se adapta con desenvoltura a cualquier situación..., *no acaba de encontrar el necesario sosiego, ni la paz*. Y la cuestión vuelve a plantearse una y otra vez, angustiosa: ¿cuáles son las verdaderas exigencias del hombre? Aparentemente, todo parece marchar correctamente sin Dios, pero no hay alegría.

Ciertamente el mundo moderno aparece a la vez poderoso y débil, capaz de lo mejor y de lo peor, pues tiene abierto el camino para optar entre la libertad o la esclavitud, entre el progreso y el retroceso, entre la fraternidad o el odio. El concilio Vaticano II decía que “El hombre sabe muy bien que está en su mano el dirigir correctamente las fuerzas que él ha desencadenado y que puede aplastarlo o salvarlo. Por eso se interroga a sí mismo” (Documento Sobre la Iglesia en el mundo actual, 9-10). No sé si la afirmación pueda hacerse hoy con tanta rotundidad, pero sin duda que el ser humano puede dirigir correctamente las cosas hacia el bien. Otra cosa es que lo haga o se deje engañar; nos dejemos engañar.

Para ello sería necesario comprender que, en realidad, los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano, y que le lleva al pecado. Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre, pues, mientras los humanos experimentamos múltiples limitaciones, nos sentimos, sin embargo, ilimitados en nuestros deseos y llamados a una vida superior, que puede ser ahogada. Y es que, atraídos por muchas sollicitaciones, hemos de elegir y que renunciar. Y no es raro que hagamos lo que no queremos y dejemos de hacer lo que querríamos llevar a cabo. Por ello sentimos en nosotros mismos la división, que tantas y tan graves discordias provocan en la sociedad.

Y reaccionamos de muy diversos modos y maneras. Depende si tenemos en cuenta o no que todos estamos bajo la influencia del pecado y, en consecuencia, podemos ser engañados por aquel a quien Jesús dijo es el padre de la mentira, el Diablo. Posturas hay de quienes no quieren para nada entrar en estos dilemas y viven una materialismo práctico. Hay quienes esperan del solo esfuerzo humano la verdadera y plena liberación de la humanidad y abrigan el convencimiento de que el futuro reino del hombre sobre la tierra saciará plenamente todos sus deseos. Es el consumismo llevado a sus últimas consecuencias, nunca saciado. Ahí se encuentran también quienes piensan que la existencia carece de toda significación propia y se esfuerzan solo por buscar el provecho personal.

¿Hay quiénes se preguntan por las llamadas cuestiones más fundamentales? Nos referimos a qué es el hombre, cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, qué valor tienen las victorias logradas a precios tan altos, qué puede dar el hombre a la sociedad civil y política y qué puede esperar de ella, qué hay después de esta vida temporal. He aquí lo más serio de existencia humana. Y, ¿hay respuesta para estos interrogantes?

“Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado para todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo, a fin de que pueda responder a su máxima vocación, y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en que haya de encontrar la salvación. Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se hallan en su Señor y Maestro”. Son palabras del texto antes citado.

Invito, pues, a cuantos quieran hacerlo que en la Semana Santa a darle vueltas a “este principal negocio” que es nuestra salvación. Se puede hacer, porque en Cristo hay muchas cosas permanentes; Él es quien existe ayer, hoy y para siempre.

DÍA DEL SEMINARIO

Escrito dominical, el 13 de marzo

La Iglesia particular o Diócesis que consigue la gracia de tener un Seminario con todas las posibilidades de formar bien a sus seminaristas, para que sean buenos sacerdotes, esa Diócesis *tiene un tesoro*. Yo doy gracias a Dios por nuestro Seminario Mayor y Menor; se las doy también porque mis predecesores como arzobispos de Toledo trabajaron incansablemente por ello. Pero esta hermosa realidad no impide que yo tenga preocupación por nuestro Seminario, ahora que llega el Día del Seminario y la colecta que para este fin han de hacer todas las parroquias e iglesias.

Una preocupación es estar alerta y que lo esté la comunidad diocesana, para que las parroquias, las comunidades religiosas, los movimientos de apostolado seglar, las asociaciones católicas cuiden de sus vocaciones de especial consagración, que son los sacerdotes y los consagrados. No olvido la importancia de las familias a la hora en que en sus hijos, si Dios les llama a esta vocación, cuiden que esa planta de la vocación crezca. Estoy convencido de que, según son las familias cristianas, así son sus vocaciones; según son los fieles laicos, así son los curas y consagrados en las distintas comunidades cristianas. Mi preocupación primera, pues, es que no se pierda la ambientación vocacional en nuestros pueblos y ciudades, que permita que crezcan las vocaciones, la llamada de Jesús a niños, adolescentes y jóvenes.

Cierto, en mantener esa ambientación o cultura vocacional, juegan un papel esencial, no único, los sacerdotes. Sólo si chicos y jóvenes ven alegría y paz en los sacerdotes puede darse un movimiento de simpatía hacia el sacerdocio; únicamente si se cuidan y se acompaña a los niños y sus padres puede darse esa hermosura de saber y conocer que Jesucristo llama para algo tan vital y tan grande en la Iglesia como es el sacerdocio ministerial.

La formación para el sacerdocio, tarea propia del seminario Diocesano, es un proceso complejo, con muchas facetas en la que el seminarista, como discípulo de Jesús, vaya creciendo en virtudes y, con un continuo seguimiento de Cristo. Sólo desde un corazón ganado para el Señor, puede el futuro sacerdote ir asimilando la forma de vida de Cristo sacerdote, en todas las dimensiones de la formación al sacerdocio. La espiritualidad litúrgica y bíblica, la capacitación doctrinal y la oración personal y litúrgica, la convivencia con los que más tarde formarán parte del Presbiterio diocesano permitirán al seminarista tener pasión por la misión, y la actividad misionera “ad gentes”. Un seminarista tiene que tener conciencia de que la necesidad de difundir el Reino de Dios como pastores es el “*unum necessarium*”, esto es, lo más importante. Les aseguro que el equipo de formadores con el Rector cuida de que esto sea así.

También es importante tener conciencia de que el seminarista, como futuro sacerdote, será “enviado a reconciliar en la misericordia del Padre de los cielos”. A veces se oyen lamentos de aquí y de allí: que una vez ordenados sacerdotes, se adecúan éstos a una pastoral de lo existente, olvidándose de ser evangelizadores y de animar a formar a los fieles laicos como responsables de la acción evangelizadora y de la cooperación misionera. Entiendo que muchas veces sea difícil para el joven sacerdote la exigencia de realizar su misión como fruto de su contemplación del ejemplo de Cristo, con un testimonio que, por ser comunicación creíble del Evangelio, debe adquirir esa espiritualidad de aceptar la cruz del Señor, y el aparente “fracaso pastoral” que lleva consigo ser cura hoy, con cierta incompreensión de los fieles que le rodean. Esa preocupación también la comparto con los formadores de los seminaristas.

Después de hablarles de algunas preocupaciones, ¿qué pido, pues, para este día del Seminario, cuya campaña y colecta celebramos este año el 13 de marzo? Ayuda con la oración, cercanía, comprensión, y también *dinero*, pues esta formación tan específica del Seminario Diocesano supone inversión en una empresa que no siempre es positiva “la cuenta de resultados”. Mirad con alegría y cariño a los seminaristas. Nuestro Seminario funciona bien, es un buen Seminario. Pero no debe bajar la preocupación en los católicos de Toledo porque esta Iglesia siga teniendo esa institución eclesial, ese “semillero”, donde adolescentes y jóvenes se formen para ese servicio imprescindible que ha de prestar el sacerdote a los demás cristianos. La presencia de Jesucristo es absolutamente necesaria para que exista la Iglesia, Esposa del Señor. Los sacerdotes, que actúan “en nombre de Cristo Cabeza de la Iglesia, también son necesarios. Os doy las gracias de corazón por cuanto ayudáis a nuestro Seminario Mayor y Menor.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

NO RECHAZAR LA INVITACIÓN DEL SEÑOR

Escrito dominical, 20 de marzo

Ya estamos preparando los ramos. Comienza la Semana Santa. ¿Cómo voy a vivirla? Nos encontramos con posibilidades reales: descansar e ir de vacaciones; descansar pero teniendo en cuenta las celebraciones de esta Semana, las más importantes del año; organizar la vida durante estos días en torno sobre todo al Triduo Sacro y participar en algún desfile procesional: es decir, descansar pero sin olvidar la renovación pascual que supone confesar nuestros pecados, participar de la Eucaristía del Domingo de Ramos, de la Misa del Jueves, celebrar el Viernes la impresionante muerte del Señor y renovar nuestro ser cristiano en la Vigilia Pascual (noche del sábado al domingo) o el Domingo de Resurrección.

Se puede estar en el pueblo, en la ciudad, descansando, pero asistir a las celebraciones únicas, en familia, con los hijos o los nietos, con los amigos, con los de siempre o con otros católicos. Pero hay que darnos razones a nosotros mismos y convencernos a la hora de celebrar o no los últimos acontecimientos de la vida de Jesús: la Institución de la Eucaristía en la Última Cena, la oración en el Huerto, el prendimiento y la condena a muerte, el camino del Calvario, la muerte ignominiosa y gloriosa de Cristo, la fidelidad de la Virgen María al pie de la cruz, el esplendor de la Resurrección que culmina la obra de Dios en el mundo y abre una vida nueva para toda la humanidad.

“Pero, esto es siempre lo mismo, es monótono y aburrido: no hay novedad”. ¿Puedes de verdad pensar esto? Recapacita. Entra en ti mismo. ¿Cómo es posible que digamos eso de la Semana Santa, cuando esa Semana ha dado lugar a toda una serie de manifestaciones culturales, artísticas, musicales, pictóricas y escultóricas únicas en el mundo? Pero además si eres de verdad cristiano y no te dejas llevar de la comodidad y de la corriente de ir tirando, haciendo lo de “todo el mundo”, ¿puedes despreciar la Resurrección de Cristo que vence nuestro pecado y da solución a la muerte? ¿Puedes despreciar al amor de Cristo que “está en agonía hasta el fin del mundo”? ¿Puedes prescindir del amor más grande del mundo, que cambia la vida?

Cada familia, cada cristiano tiene que volver a plantearse cómo asistir a estas celebraciones en su parroquia, en una Iglesia cercana, o en el pueblo donde vayan a pasar estos días. Se trata de manifestar y vivir nuestras convicciones más profundas, de alimentar nuestra vida cristiana, lánguida y aburrida, de pagar con amor y atención el amor y la atención que hemos vivido. Sin pereza, sin excusas, sin respeto humano.

Estamos en la Semana Santa del Año de la Misericordia. Pediremos juntos perdón a Dios por nuestros pecados; pediremos perdonar a los que nos han ofendido para ser misericordiosos como el Padre de los cielos. Pediremos por la paz de este mundo sin corazón hacia los más pobres, sin entrañas para inmigrantes y refugiados. Pediremos para que acabe esta manera de tratar a lo creado, la casa común de todos; de que acaben los excesos de una economía que descarta a tantos pueblos y personas. Pediremos que acabe la persecución y la muerte injusta de nuestros hermanos cristianos por ser cristianos, y puedan volver a su tierra y a sus casas. Pediremos luz para poder ayudar a tantos hombres y mujeres sin rumbo.

Os ruego con todo mi cariño que penséis estas cosas y en las consecuencias que tiene para vuestros hijos y nietos el que en estos días os vean actuar de una manera u otra. El Señor os bendiga.

Feliz Pascua: El Señor resucita sin duda.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España